

¿cómo salvas la objeción
de que introduces las Indias,
y a Madrid quieres llevarlas?
RELIGIÓN.—Como aquesto sólo mira
a celebrar el Misterio,
y a estas introducidas
personas no son más que
unos abstractos, que pintan
lo que se intenta decir,
no habrá cosa que desdiga,
aunque las lleve a Madrid:
que a especies intelectivas
ni habrá distancias que estorben
ni mares que les impidan.

CELO.—Siendo así, a los Reales Pies,
en quien Dos Mundos se cifran,
pidamos perdón postrados;

RELIGIÓN.—y a su Reina esclarecida,
AMÉRICA.—cuyas soberanas plantas
besan humildes las Indias;

CELO.—a sus Supremos Consejos;

RELIGIÓN.—a las Damas, que iluminan
su Hemisferio;

AMÉRICA.— a sus Ingenios,
a quien humilde suplica
el mío, que le perdonen
el querer con toscas líneas
describir tanto Misterio.

OCCIDENTE.—¡Vamos, que ya mi agonía
quiere ver cómo es el Dios
que me han de dar en comida
(*Cantan la América y el Occidente y el Celo:*)
diciendo que ya

conocen las Indias
al que es Verdadero
Dios de las Semillas!
Y en lágrimas tiernas
que el gozo destila,
repitan alegres
con voces festivas:

TODOS.—¡Dichoso el día
que conocí al gran Dios de las Semillas!
(*Éntranse bailando y cantando.*)

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RR

MDRSRS 22

1257397

16/3/11

OLLÁNTAY

[Anónimo, Perú, siglo XVIII.]

LA OBRA y su origen. Desde principios del siglo XIX, cuando se dio a conocer un manuscrito quechua de este drama, *Ollántay* ha sido vastamente estudiado y traducido a varios idiomas, y ha suscitado numerosas y acaloradas controversias referentes sobre todo a su origen. La base de tales controversias es el hecho de que, al parecer de muchos, el asunto del drama es de origen incásico, de época prehispánica; mas el tiempo de composición, muy posterior, posiblemente de fines del siglo XIX. Ha habido y aún hay quienes disputan tal suposición y sostienen, en cambio, que aun la composición de la pieza es anterior a la llegada de los españoles. Algunos cronistas nos han dejado noticia de historias amorosas y bélicas semejantes a la de *Ollántay*, y otras versiones que se han conservado en el Perú por tradición oral tienden a confirmarlas. Además, varios personajes del drama son históricos. Por otra parte, la forma y el estilo de la pieza son comparables a los de la comedia española, más bien que a los de las representaciones coreográficas y ceremoniales indígenas. Los críticos opuestos a la tesis "indigenista" se han encargado de destacar lo que ellos consideran, cuando menos, contaminaciones españolas, si no claros indicios de que la composición toda de *Ollántay* obedece a patrones dramáticos vigentes durante la Colonia: división en escenas, con acotaciones relativas al escenario de la representación y aun al movimiento escénico, la caracterización de Piqui-Chaqui como un gracioso lopesco, un lenguaje mucho más desarrollado que el quechua imperial, la versificación octosilábica, alusión a objetos poscolombinos, anacronismos, imaginaria más bien occidental que incásica, etcétera. Quienes sustentan, por el contrario, la posición indigenista, se basan en elementos como el asunto de la pieza, el idioma de los manuscritos, la melancolía de las canciones, etcétera.

Una de las representaciones más importantes de este drama tuvo lugar en la villa de Tinta, cerca del Cuzco, en 1780, ante el cacique indio José Gabriel Condorcanqui, "Túpac Amaru II", y sus secuaces rebeldes, según atestigua Gabino Pacheco Zegarra. Curiosamente, por esos mismos años ejercía el curato cerca de allí, en la aldea de Sicuaní, el mestizo padre Antonio Valdez, en cuyos papeles, al morir, se encontró un manuscrito quechua del *Ollántay*. Tal coincidencia, junto con otros argumentos, ha hecho que algunos eruditos (como Elijah Clarence Hills) atribuyeran a Valdez la paternidad del drama, aunque, por otro lado, escritores como Vicente Fidel López, y el propio Pacheco Zegarra han señalado que los contemporáneos de Valdez nunca lo conocieron como escritor. Hay quienes opinan que el sacerdote de Sicuaní probablemente fue sólo un copista del drama. Otro factor que es preciso considerar con relación al anonimato

de la pieza, es el clima de represión que reinaba a fines del siglo XVIII con motivo de la insurrección de Túpac Amaru II.

Por lo que se refiere a la importancia de *Ollántay*, se expresa de la siguiente manera José Juan Arrom: "Artísticamente no es inferior a ninguna obra escrita en su tiempo en todo el orbe hispánico. Al contrario, a todas aventaja en auténtico valor emotivo y en trascendencia. Su fama no sólo ha corrido en boca de lingüistas y etnólogos, sino que ha inspirado, a través del tiempo, a poetas y dramaturgos que han ido a ella en busca de imperecederas esencias. No es, pues, un mero documento histórico, sino un hito en la trayectoria de nuestras letras y de nuestra cultura."

La versión que se entrega en esta antología es la de Gabino Pacheco Zegarra, a sabiendas de que ha sido criticada; a pesar de todo, es quizá una de las más conocidas y probablemente una de las mejores que se han hecho hasta la fecha.

Bibliografía sumaria. José Juan Arrom, *Historia del teatro hispanoamericano (Época colonial)*, México: Ed. de Andrea, 1967, pp. 122-127. Jorge Basadre, *Literatura inca*, París: Desclée de Brouwer (Biblioteca de cultura peruana), 1938, pp. 142-260. José Cid Pérez, *Teatro indio precolombino*, Madrid: Aguilar, 1964, pp. 88-116, 283-320 y 321-350. José Gabriel Cosío, "El drama quechua *Ollántay*. El manuscrito de Santo Domingo", *Revista universitaria*, XXX, 81 (Universidad del Cuzco, 1941), pp. 3-261. L. E. Elliot, "*Ollántay*, an Ancient Inca Drama", *Panamerican Magazine*, XXXIII (Nueva York, 1921), pp. 281-290. Elijah Clarence Hills, "The Quechua Drama *Ollanta*", *Romanic Review*, II (1914), pp. 127-176 (también en sus *Hispanic Studies*, California, 1929, pp. 47-105). Jesús Lara, *La poesía quechua*, México: Fondo de Cultura Económica (Tierra Firme), 1947, pp. 94-107. Bartolomé Mitre, "*Ollántay*; estudio sobre el drama quechua", *Nueva revista de Buenos Aires*, I (1881), pp. 25-66. Clements R. Markham, *The Incas of Perú*, Lima: Sanmartí & Cía., 1920. ———. *Ollántay. Ollanta, an Ancient Inca Drama* (traducción al inglés), Londres, Trubner, 1871. *Ollanta, drama quechua español en tres actos*, versión de José Sebastián Barranca, Lima: Ed. de la Biblioteca Universitaria, 1965. Gabino Pacheco Zegarra, *Ollántay. Drama quechua*, Buenos Aires: Biblioteca clásica americana, núm. 3, 1942. ———. *Ollántay, drame en vers quéchuas du temps des Incas*, París: Maisonneuve & Cie., 1878. Paul Rivet y Georges de Créqui-Monfort, *Bibliographie des langues aymará et kicua*, París, 1951. Ricardo Rojas, *Ollántay, tragedia de los Andes*, Buenos Aires: Losada, 1939. ———. *Un titán de los Andes*, Buenos Aires: Losada, 1939.

Ollántay

PERSONAJES

OLLÁNTAY, *gran jefe de los Andes.*
 PACHACUTIC, *rey del Cuzco.*
 TUPAC-YUPANQUI, *hijo de Pachacutic.*
 OJO-DE-PIEDRA, *jefe militar del Cuzco.*
 JEFE MONTAÑÉS, *uno de los jefes sometidos a Ollántay.*
 HANCO-HUAILLO, *príncipe de la nobleza.*
 EL ASTRÓLOGO, *al propio tiempo gran sacerdote.*
 PIE-LIGERO, *paje de Ollántay.*
 UN INDIO, *que sirve de mensajero.*
 ESTRELLA, *hija del rey Pachacutic y de la reina.*
 ANAHUARQUI.
 BELLA, *hija de Estrella.*
 LA MADRE ROCA, *superiora de las Vírgenes Escogidas.*
 SALLA, *compañera de Bella.*
Séquito del rey, de Ollántay y de Estrella.

ESCENA PRIMERA

(*Gran plaza en el Cuzco con el templo del Sol en el fondo.
 La escena tiene lugar ante el vestíbulo del templo.*)

PRIMER DIÁLOGO

Ollántay, Pie-Ligero

OLLÁNTAY.—¿Has visto en su casa a la encantadora Estrella?

PIE-LIGERO.—¡Libreme Dios de espiarla! ¿Cómo es que tú no teas a la hija de un rey?

OLLÁNTAY.—Sea lo que fuere, no he de vivir sin adorar a esa tierna paloma. Fuérame mi corazón a ir tras ella como tierno corderillo.

PIE-LIGERO.—Paréceme que tienes al diablo en el cuerpo y que no está muy segura tu cabeza. Otras doncellas hay a quienes amar. ¿Por qué apresurarte tanto? El día en que descubra el rey tu audaz propósito, te cortará la cabeza y arrojará tu cuerpo a las llamas.

OLLÁNTAY.—¡Hombre! No me desanimas, si no quieres perecer. No hables más, o te hago pedazos entre mis manos.

PIE-LIGERO.—Arrástrame, pues, si quieres, como a perro muerto; pero no me repitas, noche y día, durante años enteros: “Pie-Ligero, ve a buscar a Estrella.”

OLLÁNTAY.—Pie-Ligero, ya te lo he dicho: aun cuando la misma muerte con su guadaña, o las montañas conjuradas, se volvieran contra mí, como terribles enemigos, sabría resistirlas y afrontarlas, para caer muerto o vivo a los pies de mi divina Estrella.

PIE-LIGERO.—¿Y si el diablo se te apareciese?

OLLÁNTAY.—¡Hasta a él mismo le haría morder el polvo!

PIE-LIGERO.—Como no has visto ni la punta de su nariz, estás hablando así.

OLLÁNTAY.—Sea: pero dime, Pie-Ligero, francamente y sin rodeos: ¿no es Estrella la más bella de todas las flores? ¡Vamos, confíesalo!

PIE-LIGERO.—¡Todavía te turba Estrella el espíritu! No la he visto; pero quizá fuere la que vi ayer, a la caída de la tarde, en el sitio más solitario del paseo: en aquel paraje me pareció brillante como el sol y bella como la luna.

OLLÁNTAY.—¡Era ella! Ya la conoces. ¡Qué divina belleza! Llévale en seguida un halagüeño mensaje de mi parte.

PIE-LIGERO.—¿Cómo he de penetrar, en medio del día, en su palacio, donde multitud de mujeres emperejiladas la rodean y entre las que no podría reconocerla?

OLLÁNTAY.—¿Pues no acabas de decirme que ya la conoces?

PIE-LIGERO.—En broma lo dije. Estrella es una estrella que sólo brilla de noche, y a esta hora es cuando podría reconocerla.

OLLÁNTAY.—¡Vete de aquí, supersticioso! Mi amada Estrella oscurece al sol y brilla sin rival.

PIE-LIGERO.—Aquí llega ahora un anciano, o una vieja, pues mas bien por su aspecto parece una mujer, y ella podrá llevar tu mensaje. Haz que lo lleve, que si yo lo hiciera, pobre diablo, me llamarían todos correveydile.

SEGUNDO DIÁLOGO

Dichos y el Astrólogo

EL ASTRÓLOGO.—Eterno Sol, prosternado ante ti, yo te admiro reverente en tu carrera. Mil llamas serán por ti sacrificadas en este solemne día consagrado a ti. Después del ayuno, en tu honor correrá su sangre y las consumirá la inmensa hoguera.

OLLÁNTAY.—Pie-Ligero, mira que aquí viene el sabio Astrólogo. Este viejo zorro arrastra tras de sí una carga de brujerías. Aborrezco a este hechicero, que no abre la boca más que para pronosticar desgracias. Cuando habla no predice más que fatalidades.

PIE-LIGERO.—¡Chist! Cállate, que estoy seguro de que este brujo sabe ya de memoria lo que dices y lo que piensas, pues lo adivina todo.

OLLÁNTAY.—Ya me ha visto y voy a su encuentro. Ilustre y noble Astrólogo, me inclino ante ti respetuosamente. Que el cielo te ilumine y aparte las sombras de tu ojos.

EL ASTRÓLOGO.—Poderoso Ollántay, ¡ojalá pueda pertenecerte el país entero, y abarcar tu vigoroso brazo el Universo!

OLLÁNTAY.—Al verte, anciano, se estremece uno de terror. En derredor tuyo no se ven más que huesos, flores fúnebres, urnas y piedras preciosas, y te miran con miedo. ¿Qué significa todo esto? ¿Es que el rey te ha llamado como profeta de la desgracia o como el genio del bien? ¿Por qué has venido antes del día consagrado a tu fiesta? ¿Estaría malo el rey? ¿O es que has adivinado que la sangre ha de correr muy pronto? Porque aún está lejos el día del Sol y de las libaciones a la Luna, que apenas se descubre, y todavía no estamos en el solemne día de los sacrificios de la gran fiesta.

EL ASTRÓLOGO.—¿Por qué me preguntas en ese tono de reconvencción? ¿Soy tu vasallo acaso? Lo sé todo y pronto te lo probaré.

OLLÁNTAY.—Siento que mi corazón desfallece de temor al verte llegar inesperadamente este día. ¡Quizá me sea funesta tu venida!

EL ASTRÓLOGO.—Ollántay, no tengas miedo, aunque hoy me veas aquí; quizá sea amor lo que me trae a tu lado, como arrastra el viento a la hoja seca. Dime, ¿obedece tu cabeza a tu corazón diabólico? Te concedo este día para que, a tu gusto, elijas tu felicidad o tu perdición, la vida o la muerte.

OLLÁNTAY.—Aclara tus palabras para que las comprenda. Parecen una madeja enredada, y harías bien en desenredármela.

EL ASTRÓLOGO.—Pues bien, escúchame Ollántay. La ciencia me enseña cosas ocultas a los espíritus vulgares. Me considero con poder suficiente para descubrirlo todo y hacer de ti un gran jefe. Desde tu edad más tierna te he educado y te he querido lo bastante para servirte en esta ocasión. El pueblo te venera como jefe del país de los Andes; el rey te estima mucho y desearía compartir contigo su corona. Ha dirigido a todos su mirada; sólo en ti la ha puesto. Tu brazo lo ha encontrado fuerte contra los golpes de sus enemigos, y los has vencido a todos, por numerosos que han sido. Pero ¿esto es una razón para que hieras el corazón del rey? Amas a su hija, y pretendes que por ti se vuelva loca, abusando de esta pasión. No lo hagas;

crimen semejante no brota jamás de un corazón noble. Por inmensa que sea tu pasión, ¿es un motivo para pagar su amor con la deshonra? Vacilas, pero te detengo al borde del abismo. Sabes muy bien que el rey no consentirá nunca que su hija haga un casamiento desigual. Desplegar los labios sería levantar en su corazón una espantosa tormenta. Por tus locas ilusiones caerías del primer rango que ocupas, descenderías de príncipe a plebeyo.

OLLÁNTAY.—¿Cómo sabes todo lo que oculto en el fondo de mi corazón? Sólo su madre lo sabía, pero veo que todo me lo revelas.

EL ASTRÓLOGO.—Como en un libro abierto leo en la Luna, y el destino más oscuro aparece claro a mis ojos.

OLLÁNTAY.—Comprendí que tu deseo era beber en mi corazón y apagar la sed que te devora: ¿tirarás la copa después de dejarla vacía?

EL ASTRÓLOGO.—¿Cuántas veces bebemos en copas de oro mortales venenos! Sabe que, con mucha frecuencia, nos hiere la desgracia por nuestra obstinación.

OLLÁNTAY.—Sepulta en mi garganta el cuchillo que tienes en tu mano y arráncame el corazón; a tus pies me arrojo.

EL ASTRÓLOGO (*A Pie-Ligero*).—Cógeme esa flor. (*A Ollántay*).—Ya ves que parece estar seca... La estrujo... Mira cómo llora... ¡Llora!... ¡Llora!... (*Estrujando la flor*.)

OLLÁNTAY.—Sería más fácil hacer que el agua brote de la roca y que lllore la arena, que obligarme a abandonar la estrella de mi felicidad.

EL ASTRÓLOGO.—Arroja en la tierra la mala semilla, y en pocos días la verás multiplicarse y crecer más allá de los límites del campo. ¡Cuanto más desenfrenado y grande sea tu crimen, más pequeño serás!

OLLÁNTAY.—Venerable padre, voy a abrirte mi corazón, y a confesarte mis faltas; y ya que has sorprendido mi secreto, quiero que sepas para siempre que los lazos que me sujetan son tan fuertes, que acabarán por ahogarme. Y aun cuando estén tejidos con hilos de oro, un crimen de oro como el mío es digno de castigarse con ellos. Estrella ya me pertenece. Estoy a ella unido y ahora soy tan noble como ella, puesto que mi sangre corre por sus venas. Bien lo sabe su madre, que puede atestiguarlo. Voy a decírselo todo al rey, y después que lo sepa cuento con vuestra influencia para que me dé a Estrella. Voy a hablarle con energía y sin temor, arrojando su cólera y su desprecio porque no tengo sangre real; pero quizá al recordar mi juventud se enternezca viendo grabados mis combates en esta arma victoriosa, que venció a millares de guerreros, arrastrándolos humillados a sus plantas.

EL ASTRÓLOGO.—¡Joven príncipe, hablas demasiado! Rompiste y enredaste la madeja de tu destino: átala tú y desenrédala. Ve tú solo a hablar al rey, pero poco y con mucho respeto, y sufre el castigo que te has buscado; mas piensa que, ni en la vida ni en la muerte, te olvidaré jamás. (*Vase.*)

TERCER DIÁLOGO

Los mismos menos el Astrólogo

OLLÁNTAY.—Ollántay, eres hombre, y no debes temer nada. No exageres el peligro. ¡Estrella, estrella de felicidad, ilumíname! Pie-Ligero, ¿dónde estás?

PIE-LIGERO.—Me había dormido, y he soñado cosas siniestras.

OLLÁNTAY.—¿Qué has soñado?

PIE-LIGERO.—Que ahorcaban a un zorro.

OLLÁNTAY.—¡Seguramente, ese zorro eras tú!

PIE-LIGERO.—Verdad es que mis narices se afilan y mis orejas crecen.

OLLÁNTAY.—Condúceme a casa de Estrella.

PIE-LIGERO.—Aún es de día.

ESCENA II

(Gran salón en el palacio de la reina madre, a quien acompaña Estrella.)

PRIMER DIÁLOGO

La reina madre Anahuarquí y Estrella

LA REINA MADRE.—Estrella, pupila del Sol, ¿desde cuándo estás tan triste? ¿Desde cuándo han huido de ti a un tiempo la felicidad y la alegría? También las lágrimas, que son la lluvia del alma, inundan mi rostro; no puedo mirarte sin dolerme de tu estado que causará mi muerte. ¿No estás unida a Ollántay, a quien amas? ¿No eres ya su esposa? ¿No es ese guerrero el hombre a quien elegiste? Calma, pues, tu dolor.

ESTRELLA.—¡Oh, reina mía! ¡Oh, madre mía! ¿Cómo he de contener mi llanto y mis gemidos, si el hombre a quien adoro, ese esposo tan deseado, no piensa en mí, y me abandona días y noches enteras, sin ocuparse de mi juventud? Aparta de mí sus ojos y ya

no me busca. ¡Oh, reina mía! ¡Oh, madre mía! ¡Ah, esposo tan querido como deseado! Hasta que llegue el día de unirme a ti, para mí no brillará la luna, el sol no tendrá aurora; las nubes, teñidas de púrpura poco antes, han tomado el color de seca y fría ceniza; las estrellas palidecen y lloran como yo, y si cayese agua del cielo, mis ojos, enrojecidos por el llanto, creerían ver una lluvia de sangre. ¡Oh, reina mía! ¡Oh, madre mía! ¡Oh, esposo mío tan deseado!

SEGUNDO DIÁLOGO

Dichos y el rey Pachacútic, con su séquito

LA REINA MADRE.—Compón tu semblante y seca tus lágrimas: el rey, tu padre, llega y se acerca a nosotras.

EL REY (*a Estrella*).—Estrella de felicidad, esencia de mi alma, la flor más bella entre todos mis hijos, red que aprisiona mi corazón; tus labios son tan rojos como el coral. Ven, paloma mía, descansa en mis brazos; descorre a mis ojos ese velo de oro con que me envuelves; de ti dimana toda mi dicha; tú eres las niñas de mis ojos y el brillo de los tuyos, cuando los elevas, fascinan como un rayo de sol al que te mira. Cuando se entreabren tus labios, tu aliento embalsama el aire. Sin ti no podría tu padre vivir ni gozar, pues su vida entera la consagra a tu felicidad.

ESTRELLA (*Cayendo a sus pies*).—¡Oh, padre, tan bondadoso para mí! Mil veces beso tus plantas. Bajo tu sombra desaparecen todas las penas de tu hija.

EL REY.—¡Hija mía! ¡Tú prosternada ante mí! ¡Tú a los pies de tu padre, que te considera tanto! Temo alguna desgracia; pero... ¿lloras?

ESTRELLA.—La estrella llora de pena cuando aparece el sol; pero sus lágrimas, claras y puras, mitigan su dolor.

EL REY.—Levántate, amada mía, tu sitio es sobre mis rodillas.

TERCER DIÁLOGO

Dichos, coro de hombres y mujeres

UN CRIADO.—Señor, tus humildes vasallos vienen a distraerte.

EL REY.—Haz que entre todo el mundo.

(*Hombres y mujeres entran bailando y cantando lo siguiente*)

Es preciso no comer,

Tortolilla.

en el campo de la princesa;

Tortolilla,

Es menester no consumir,

Tortolilla,

todo el maíz de la cosecha;

Tortolilla,

Los granos están muy blancos,

Tortolilla,

y dulces para comerlos;

Tortolilla,

El fruto está muy tierno,

Tortolilla,

y las hojas están verdes;

Tortolilla,

Pero el cebo está ya puesto,

Tortolilla,

y la liga preparada;

Tortolilla,

Yo me cortaré las uñas,

Tortolilla,

para cogerte con más blandura.

Tortolilla,

Pregunta al ave *piscaca*,

Tortolilla,

¡Mírale ya muerto!

Tortolilla,

¿dónde está su corazón?

Tortolilla,

¿dónde sus plumas?

Tortolilla,

Ha sido descuartizado,

Tortolilla,

por haber picoteado un solo grano;

Tortolilla,

Tal es el triste destino,

Tortolilla,

del pájaro merodeador,

Tortolilla.

EL REY (*retirándose*).—Estrella, te dejo en el palacio de tu madre, rodeada de tus jóvenes servidoras, que continúan sus alegres diversiones.

CUARTO DIÁLOGO

Dichos, menos el rey Pachacútic

ESTRELLA.—Preferiría, queridas amigas, que vuestro canto fuese más triste. Auguro mal de lo que acabáis de cantar. Vosotros podéis retiraros.

(Los hombres salen y una de las jóvenes canta.)

Yaravi

Dos enamoradas palomas, desoladas, suspiran, lloran, sollozan, y cubiertas de nieve, se guarecen en el tronco de un árbol carcomido y viejo. Pero he aquí que una de ellas, abandonada por su compañera, se queja amargamente, viéndose por la primera vez en su vida sola en la selva. Creyendo muerta a su compañera, exhala en este canto lastimero su tristeza:

“Tierna compañera ¿dónde estás? ¿Qué ha sido de tus dulces ojos, tu encantadora garganta y tu tierno corazón? ¿Qué de tus labios de fuego?”

Y de esta suerte, buscando errante y loca a su amiga, va de roca en roca, y dando agudos y dolorosos gritos y sin cuidarse de nada, se posa hasta sobre espinas, preguntando por su compañera. Pero no puede resistir más, y ya sin aliento, tropieza, vacila, cae y muere.

ESTRELLA.—Ese *yaravi*, es demasiado triste. Cesa en tu canto y déjame sola. *(Vanse todas.)*

Ahora, lágrimas mías, corred libremente.

ESCENA III

(Interior del palacio del rey.)

PRIMER DIÁLOGO

El rey Pachacútic, Ollántay y Ojo-de-Piedra

EL REY.—Hoy es el día que os necesito, grandes jefes: la primavera llega, y hay que poner el ejército en pie de guerra y marchar sobre la provincia de Colla. Ya avanza contra nosotros la de Chayanta, y está dispuesta a medir sus armas con las nuestras. Dícese que reúne a sus guerreros y que éstos afilan ya sus flechas.

OLLÁNTAY.—Señor, hagan lo que hagan, siempre serán unos cobardes, incapaces de resistirnos frente a frente. Cuzco solamente y sus montañas se alzarán ante ellos como barrera infranqueable. Ochenta mil de los míos, de los más escogidos, armados de sus mazas, aguardan impacientes la señal del clarín para ponerse en marcha al son de las trompas guerreras. Ya las armas están afiladas y los *champs* son selectos.

EL REY.—Probemos antes a atraérmolos de nuevo, y quizá así logremos someterlos, evitando la efusión de sangre.

OJO-DE-PIEDRA.—En su cólera, han llamado en su auxilio a los yuncas, obstruyendo los caminos, que han hecho impracticables. Se han cubierto de cuero, que así es como esos cobardes de Chayanta disimulan su miedo. Han destruido los caminos por los que no hemos de pasar nunca. Nuestras llamas se han abastecido de provisiones para largo tiempo y estamos preparados para atravesar el desierto.

EL REY *(a Ojo-de-Piedra)*.—¿Quieres ya salir en busca de terribles serpientes? Antes de combatirlos, es preciso llamar amigablemente a los enemigos y hablarles con dulzura. Cuida de no verter sangre estérilmente y de no inmolat inocentes.

OLLÁNTAY.—Yo también estoy pronto a partir; mas antes quisiera deciros el secreto tormento que me oprime el corazón.

EL REY.—Y bien, habla, aun cuando fuera para pedirme la corona.

OLLÁNTAY.—Quisiera decírtelo en secreto.

EL REY.—Noble jefe del país alto, retírate a tu morada a descansar. Si te necesito, te llamaré un día de éstos.

OJO-DE-PIEDRA.—Acato respetuosamente tus órdenes. *(Vase.)*

SEGUNDO DIÁLOGO

El rey Pachacútic, Ollántay

OLLÁNTAY.—¡Rey ilustre! Tú sabes que desde mi juventud estoy ligado a ti y siempre te he considerado como a mi querido amo y señor. Imitándote, mis fuerzas han llegado a ser mil veces más grandes, y mi frente se ha bañado en sudor con frecuencia en tu servicio. Enemigo encarnizado de tus propios enemigos, los he buscado por todas partes, los he combatido, los he aniquilado. Cuando me encuentro entre mis bravos andinos, todos me temen. ¿Hay un sitio en que su sangre no haya corrido a torrentes? Mi nombre sólo los oprime como una cuerda al cuello. He arrastrado a tus pies a todo el País-Alto, multitud de yuncas han llegado a ser los humildes sier-

vos de tu casa. He llevado el incendio a los chancas y les he cortado las alas; mi brazo ha aplastado al poderoso Huanca-Huillca. En todos los combates marchaba a la vanguardia. Y de ese modo, ya por la astucia, ya por la ira, vertiendo sangre e inmolándolo todo, te he hecho dueño absoluto de todos. En cuanto a ti, padre mío, has armado mi brazo del *champi* de oro y colocado sobre mi cabeza el casco, de oro también. ¿Por qué me has sacado de mi condición oscura? Estas armas preciosas y todo mi ser te pertenecen. Mi persona está consagrada a tu servicio. Es cierto que me has colocado a la cabeza de la provincia de los Andes, haciéndome jefe de cincuenta mil guerreros. Pues bien; los Andes, sus guerreros, sus jefes y mi persona, los pongo a tus pies humildemente para implorar de ti un favor supremo. Elévame un grado más aún. Mi puesto está en tu hogar; mi vida entera es tuya. (*Se arrodilla.*) ¡Concédeme a Estrella! ¡Iluminado por esta luz suave, y fuerte con tu protección, más fiel que nunca, mi dicha será morir por ti!

EL REY.—¡Ollántay, recuerda que eres un simple vasallo: cada cual debe permanecer en su puesto; has querido subir demasiado alto!

OLLÁNTAY.—¡Hiéreme en el corazón!

EL REY.—No es a ti a quien toca elegir: yo soy quien debe escoger lo más conveniente. No has reflexionado pretensión semejante. Vete.

ESCENA IV

(*Bosque en los alrededores de Cuzco.*)

Monólogo de Ollántay

OLLÁNTAY.—¡Ollántay! ¡Desdichado Ollántay! ¿Cómo te dejas abatir por aquel a quien tanto tiempo has servido, tú, el señor de tantos países? ¡Oh, Estrella de mi dicha; acabo de perderte para siempre! ¡Qué vacío siento en mi alma! ¡Oh, princesa mía! ¡Oh, paloma mía! ¡Oh, Cuzco, la bella ciudad! Desde hoy seré tu enemigo implacable. Abriré tu seno para arrancarte el corazón y arrojarlo a los buitres. ¡Ya verá tu cruel rey! Reuniré a miles de mis andinos, y seducidos y armados por mí, los guiaré hacia el Sacsaihuaman, amenazándole desde allí como una nube de maldición. Cuando el fuego enrojezca el cielo y tú duermas sobre tu lecho ensangrentado, tu rey perecerá contigo, y una vez abatido, verá si mis yuncas son poco numerosos. Y cuando le ahogue entre mis brazos, veremos si su boca inanimada me dice todavía: “¡No eres

digno de mi hija! ¡No la poseerás nunca!” Y no me humillaré más ante su altiva presencia para pedírsela de rodillas. ¡Entonces seré yo el rey y ley será mi voluntad! Entretanto, prudencia.

PRIMER DIÁLOGO

y canción de un desconocido.

Ollántay, Pie-Ligero

OLLÁNTAY.—Corre, Pie-Ligero; ve a decir a mi querida Estrella que me espere esta noche.

PIE-LIGERO.—Hace un momento, a la caída de la tarde, estuve en su casa. La casa estaba desierta, y nadie ha sabido decirme por qué. ¡No hay un gato en la casa! Todas las puertas están cerradas, excepto la principal que nadie guarda.

OLLÁNTAY.—¿Y los criados?

PIE-LIGERO.—Los ratones mismos, no encontrando nada que roer, han abandonado la casa, y el buho canta siniestramente en el tejado.

OLLÁNTAY.—Quizá se la haya llevado su padre para ocultarla en el fondo de su palacio.

PIE-LIGERO.—Tal vez la haya hecho ahorcar. Su madre ha desaparecido también.

OLLÁNTAY.—¿No habrá preguntado por mí alguien, antes que viniese aquí?

PIE-LIGERO.—Han venido a buscarte cerca de mil hombres, armados de sus débiles mazas.

OLLÁNTAY.—Si todos se sublevan contra mí, mi brazo los abatirá a todos. No hay nada que pueda resistir a esta mano que todo lo arrasa con este terrible *champi*.

PIE-LIGERO.—Yo mismo le hubiera dado un puntapié, si no hubiese estado armado.

OLLÁNTAY.—¿A quién?

PIE-LIGERO.—Al Jefe Montañés, el único que vino a tu casa.

OLLÁNTAY.—¡Tal vez le haya enviado el rey! He ahí lo que nuevamente enciende mi cólera.

PIE-LIGERO.—No es el rey quien lo envía. El Jefe Montañés viene por sí mismo; es un hombre innoble.

OLLÁNTAY.—El corazón me dice que ha desaparecido del Cuzco, y el canto de ese búho me lo anuncia. Partamos inmediatamente.

PIE-LIGERO.—Pero, ¿abandonaremos a Estrella?

OLLÁNTAY.—¿Y qué puedo hacer, si ha desaparecido? ¡Oh, Estrella! ¡Oh, amor mío!

PIE-LIGERO.—Escucha este *yaravi* que cantan cerca de aquí.

Yaravi

En un instante he perdido a mi amada paloma.

Si quieres verla, búscala en las cercanías.

Es infiel, pero su rostro es encantador; se llama Estrella.

Resplandece de tal modo, que es imposible confundirla con ninguna otra.

La luna y el sol, llenos de júbilo, rivalizan para brillar sobre su frente, que centellea de nuevo resplandor.

Su sedosa cabellera, de un negro sombrío, cae en largas trenzas sobre su cuello, haciendo resaltar su blancura.

Sus cejas embellecen su faz como dos arco-iris.

Sus ojos centellean como dos soles al despertar el alba.

Sus pestañas son flechas ardientes y mortíferas.

Más de un corazón se abre tiernamente a sus dardos.

Sus mejillas son rosas entre nieve, y su rostro, blanco y transparente alabastro.

Sus labios entreabiertos dejan ver dos hileras de perlas, y cuando se ríe, su aliento embalsama todo a su alrededor.

Su garganta es tersa como el cristal y como la nieve blanca.

Sus pechos encantadores se asemejan a las flores del algodónero, recién abiertas.

Al solo contacto de su mano tan suave, me estremezco de placer.

Sus dedos son blancos como estalactitas de hielo.

OLLÁNTAY.—¡Ah! ¡Estrella de mi dicha! Ése que canta ahí abajo ¿sabe todo lo hermosa que eres? Necesito huir de aquí y ocultar mi dolor. Me vuelve loco la idea de haber causado tu pérdida, y tu muerte, cuyo autor soy, me matará.

SEGUNDO DIÁLOGO

Ollántay, Pie-Ligero

PIE-LIGERO.—Es posible que haya muerto Estrella, tu Estrella, porque tu cielo está sombrío.

OLLÁNTAY.—Cuando, ya pronto, sepa el monarca que Ollántay le ha abandonado, verá que todos los míos le abandonan también para volverse contra él.

PIE-LIGERO.—Todos te profesan afecto, gracias a tu liberalidad: tu mano está abierta para todos... Sólo para mí está cerrada.

OLLÁNTAY.—¿Qué necesitas?

PIE-LIGERO.—¿Qué? Comprar esto o aquello... Ofrecer un aderezo a la chica... y luego... quisiera hacer sonar mi dinero: eso da cierta consideración.

OLLÁNTAY.—Sé bravo y te temerá todo el mundo.

PIE-LIGERO.—Mi cara no se ha hecho para la bravura. Alegre y dispuesto a reír siempre, harto acostumbrado al ocio, no sabría fruncir el entrecejo. ¡Chitón! Me parece que oigo a lo lejos el plañidero sonido de un flautín.

OLLÁNTAY.—Sin duda andan buscándome. Partamos. Marcha delante.

PIE-LIGERO.—Cuando se trata de huir, ¿quién como yo?

ESCENA V

(La misma decoración que en la escena tercera)

El rey Pachacútic, Ojo-de-Piedra. Después un mensajero.

EL REY PACHACÚTIC.—He mandado buscar a Ollántay por todas partes y nadie ha podido encontrarle. La cólera que rebosa en mi corazón debe desbordarse sobre él. ¿Has visto tú a ese hombre?

OJO-DE-PIEDRA.—El miedo lo habrá alejado de ti.

EL REY.—Toma mil guerreros y marcha a su persecución.

OJO-DE-PIEDRA.—¿Quién sabe dónde estará ya después de tres días que ha desaparecido? Tal vez alguno le oculte en su casa y le haga invisible.

UN MENSAJERO *(Entrando con un quipo¹ en la mano)*.—He aquí, señor, un *quipo*, que de Urubamba traigo. Se me ordenó venir rápido como el rayo, y héme aquí.

EL REY.—¿Qué noticias traes?

EL MENSAJERO.—Te lo dirá este *quipo*.

EL REY *(A Ojo-de-Piedra)*.—Examínalo tú, Ojo-de-Piedra.

OJO-DE-PIEDRA.—He aquí el *quipo*: la diadema ha ceñido ya su frente, y estos nudos suspendidos de los hilos son todos sus secuaces.

EL REY.—Y tú, ¿has visto algo?

EL MENSAJERO.—Dícese que todos los andinos han hecho a Ollántay una gran recepción. Muchos cuentan haberle ya visto coronado con la diadema real, que lleva altivamente sobre sus sienes.

¹ Los *quipos* eran unos ramales de cuerdas que formaban nudos y tenían colores diversos, y que usaban los indios del Perú para suplir la escritura. Valíanse de ellos para relatar historias y noticias, dando también razón de las cuentas en que es preciso el uso del guarismo. [T.]

OJO-DE-PIEDRA.—Eso es lo que indica el *quipu*.

EL REY.—¡Apenas si puedo contener mi cólera! Valeroso jefe, es preciso marchar contra este rebelde antes que llegue a ser más poderoso. Si no son bastantes tus fuerzas aumentalas hasta cincuenta mil guerreros. Persíguele a marchas forzadas, y no te detengas hasta que sea castigado.

OJO-DE-PIEDRA.—Mañana me pondré en marcha; voy a prepararlo todo inmediatamente. Si toma el camino de los *Collas*, me creo con fuerzas para traer aquí a los fugitivos y precipitarlos desde lo alto de la roca. Tu enemigo debe perecer, y, muerto o vivo, lo tendrás. Mis fuerzas bastarán para ello; y en esta confianza, señor, descansa en mí.

ESCENA VI

(Interior de la fortaleza de Ollántay en la ciudad de Tambo.)

PRIMER DIÁLOGO

Ollántay, el Jefe Montañés y otros jefes

EL JEFE MONTAÑÉS.—Ya has sido aceptado por los andinos como gran jefe. Las mujeres lloran, como verás, porque los guerreros y sus jefes van a partir a la guerra contra Chayanta, y debes emprender una expedición lejana. ¿Cuándo terminarán estos viajes que hacemos todos los años en busca de lejanos países, y saliendo al encuentro de innumerables enemigos, que nos cuestan torrentes de sangre? Al rey, mientras no le falten sus manjares y su provisión de coca, poco le importan las fatigas de su pueblo. Nuestros llamas perecen al atravesar los desiertos arenosos. Allí nuestros pies se desgarran con punzantes espinas. Y si no queremos morir de sed, tenemos que transportar el agua sobre nuestras espaldas desde muy lejos.

OLLÁNTAY.—Escuchad, bravos guerreros, lo que dice el Jefe Montañés. Es preciso pesar bien las fatigas que os ha pintado. Lleno de lástima por los andinos, he dicho al rey con el corazón dolorido:

“Es menester dejar reposar por un año la provincia de los Andes, que no puede más. Son los bravos que todos los años se sacrifican por tí. Ya sea por el hierro, ya por el fuego o por las enfermedades, perecen en gran número, y ¡cuántos no vuelven jamás de estas lejanas expediciones! En esas empresas, ¡cuántos príncipes han encontrado su muerte!”

Así fue ¡oh andinos! como yo dejé la corte del rey; añadiéndole que por esta vez os dejase en reposo. Corro a deciros que nadie se disponga a abandonar su hogar. Y si el rey persiste, yo me declaro su enemigo implacable.

SEGUNDO DIÁLOGO

Ollántay, el Jefe Montañés, Hanco-Huaillo, otros jefes y pueblo

TODOS (Gritando).—¡Sé nuestro rey para siempre! ¡Enarbola el estandarte rojo y lleva la corona que regocija a todos!

EL PUEBLO (Gritando desde fuera).—¡Tambo tiene ahora su rey! ¡Ya éste se levanta como el astro del día!

HANCO-HUAILLO.—Recibe de mis manos la corona que te da tu pueblo. A la primera señal, la lejana Vilcanota te enviará a sus pueblos para someterse a tu ley.

TODOS.—¡El rey Ollántay se eleva como el astro del día!

OLLÁNTAY.—Jefe Montañés, te nombro jefe supremo de la provincia de los Andes. Toma mi casco y estas flechas, y manda en jefe al ejército.

TODOS.—¡Viva largos años el Jefe Montañés! ¡Vitor! ¡Vitor!

EL PUEBLO (Gritando desde fuera).—¡Viva el Jefe Montañés!

OLLÁNTAY.—Hanco-Huaillo, tú eres el más anciano y el más sabio entre los príncipes. Deseo que hoy des el anillo (pues eres pariente del gran sacerdote) al Jefe Montañés.

HANCO-HUAILLO (Al Jefe Montañés que se arrodilla).—Pongo este anillo en tu mano, para que nunca olvides que debes tener memoria para todos. ¡Levántate, eres un héroe!

EL JEFE MONTAÑÉS.—Bendito mil veces, ilustre rey, el honor que me haces.

HANCO-HUAILLO.—He aquí al valiente armado de los pies a la cabeza y erizado como un puerco-espín. Así es como debe ser el valiente Valiente. (Volviéndose hacia Valiente.) Jamás tus enemigos te han visto por la espalda. ¡Hombre de la Puna, no vayas ahora a huir y temblar como un arbolillo!

EL JEFE MONTAÑÉS.—Oíd, guerreros de los Andes. Ya tenemos un rey. Sabed que de hoy en adelante es preciso sostenerlo valerosamente. Dícese que el viejo rey del Cuzco convoca a sus guerreros, atrayéndose hábilmente a los jefes, para hacer partir su ejército contra nosotros. El Cuzco en masa va a invadir el seno de nuestra montaña con el intento de matarnos e incendiar nuestras moradas. No hay que perder ni un día. Convocad a todos los montañeses y

tened dispuestos los equipos del ejército sin pérdida de tiempo. Levantad en Tambo murallas, no dejando más que una salida sobre la montaña. Moled en el mortero yerbas venenosas en abundancia para emponzoñar nuestras flechas, y así la muerte los alcanzará con más celeridad que el dardo que los hiera.

OLLANTAY.—Jefe Montañés, elige los jefes para ir delante, e indica los lugares donde las diferentes tribus deben permanecer ocultas. Nuestros enemigos no se dormirán mientras no verifiquen la invasión; pero ¡soldados! serán dispersos y puestos en fuga a los golpes de nuestros *Compis* (mazas).

EL JEFE MONTAÑÉS.—Treinta mil de nuestros andinos se hallan ya en la fortaleza de Tambo. Entre nosotros no se encontraría ni un cobarde ni un negligente. Dispónese a salir el poderoso Maruti con los de Vilcabamba. En los escarpados huecos de Tinquiquero, ocultará a sus gentes, prontas a salir a la primera señal. El ejército del príncipe Chara lo apostará en las alturas opuestas y aguardará mis órdenes. En las gargantas del Charamuray pasarán la noche diez mil de nuestros andinos, y en el valle de Pachar se apostarán todavía otros diez mil. Ahora pueden venir los cuzqueños; los esperamos con calma. Triunfantes avanzarán hasta ver que les cerramos la retirada. Cercados que sean por todas partes, resonará la trompeta guerrera, y entonces las montañas se estremecerán y lanzarán sus piedras. Enormes peñascos rodarán con rapidez, y aplastarán a los huancas, que quedarán sepultados entre ellos. Si algunos escapan, blandiremos el cuchillo contra ellos, y perecerán a nuestras manos o nuestras flechas los atravesarán en su huida.

Todos.—¡Bien! ¡Muy bien!

ESCENA VII

(Desfiladero en las montañas, desde donde puede verse la fortaleza de Ollántay.)

Monólogo de Ojo-de-Piedra

OJO-DE-PIEDRA.—¡Desdichado Ojo-de-Piedra! ¡Eres una piedra maldita! ¡Milagrosamente te has escapado de las rocas! ¡Y haber creído en semejantes canciones! ¡No tenías manos para matar en este estrecho valle al fugitivo Ollántay, que se había ocultado en estas gargantas? ¡No sabías que su corazón, inconstante como la mariposa, vendía a todo el mundo? ¡Y no has sido capaz de aniquilarlo! Pres-tándole recursos la astucia ha inmolido a mis guerreros. ¡Era el

único medio de hacer palidecer a un héroe como yo! ¿Cuántos miles de hombres he hecho matar hoy? A duras penas he podido yo mismo escaparme de sus manos. Creyendo a ese miserable, hombre de corazón, he querido encontrarle frente a frente. Pensando perseguirle en su huida, he penetrado en sus desfiladeros. Mi ejército se hallaba ya casi a la entrada, cuando de repente las rocas se han desprendido sobre nosotros, apenas sonaron las estruendosas trompetas. Una lluvia de piedras grandes y pequeñas que caían por todas partes, ha aplastado por uno y otro lado a la inmensa multitud de guerreros que perecen bajo los peñascos. Todavía la sangre, corriendo como un arroyo, inunda los desfiladeros. Se me ha visto buscar entre ese lago de sangre a un hombre, para combatir con él. Nadie se me ha presentado; nadie me ha mirado de frente. Los cobardes no emplean contra mí sino sus hondas. ¿Con qué cara me presentaré ante mi amado rey? Mi situación no tiene remedio. Debo huir no importa dónde. Yo mismo debo estrangularme con esta honda. Pero... puede serme útil el día que Ollántay llegue a caer.

ESCENA VIII

(Patio interior del palacio de las Vírgenes Escogidas, con una puerta que da a la calle.)

PRIMER DIÁLOGO

Salla, Bella

SALLA.—Bella, es preciso que no te aproximes tan frecuentemente a esa puerta, ni que permanezcas cerca de ella. Las madres se enojarían. Tu nombre encantador de Bella, que me es tan caro, hermana mía, será por todas partes repetido y pregonado de boca en boca. Una vez traspasado el umbral de esta puerta, hay que honrar a las Vírgenes Escogidas. Diviértete aquí dentro, que nadie tendrá nada que decirte. Piensa que vas a encontrar aquí quien te dé cuanto puedas imaginar; hermosos adornos, oro y manjares exquisitos. Todas las vírgenes de sangre real te miman; te llevan en sus brazos las matronas, y, cubriéndote de besos y caricias, te estrechan contra su corazón. Te prefieren a las demás y se miran en tus bellos ojos. ¿Qué otra cosa mejor puedes desear, ni cuál debe ser el objeto de tu ambición sino ser su hermana y vivir siempre con ellas? Colmada de favores por los príncipes, igual a las vírgenes más nobles, destinada a ser la hermana del Sol, gozarás por siempre contemplándolo.

BELLA.—Compañera Salla, siempre me dices lo mismo y me repites iguales consejos. Voy a abrirte mi corazón y a hablarte sin fingimientos: este encierro, este palacio, son para mí insoportables. Aquí encerrada, la ociosidad me oprime, y cada día maldigo mi destino. La presencia de esas viejas de rostro severo me es odiosa. Y sin embargo, desde el rincón donde me hacen sentar, no veo más que a ellas. Ningún placer en este sitio; no se ven más que ojos lacrimosos. Si de mí dependiese, nadie estaría ya aquí. A todos los que pasan los veo reír de tan buena gana, que no parece sino que llevan la felicidad en sus manos. ¿Y a mí se me encierra acaso porque no tengo madre, y lisonjeándome con la idea de ser una rica novicia, se me quiere obligar a establecer aquí mi nido? Paseábame pensativa por el jardín la noche última. De pronto, en medio del profundo silencio de la noche, oigo a una desgraciada llorar y lamentarse amargamente. “¡Qué no pueda morir!” exclamaba, hablando consigo misma. Miro a todos lados y siento erizarse de espanto mis cabellos. Llamo, temblando: “¡Quien quiera que seas, respóndeme,” digo. La voz desolada murmura estas palabras: “¡Sol, arráncame de aquí!” en medio de suspiros y sollozos espantosos. Busco en uno y otro lado sin descubrir a nadie. Sólo el viento, que gime en las hierbas, sigue mis pasos, y como él, lloro. Mi corazón, rebosando de dolor, quiere romper mi pecho. Sólo el recuerdo de esta noche me hace estremecer de espanto. He ahí por qué, hermana Salla, si el dolor ha establecido su nido en este sitio, es porque está regado con lágrimas. Sábelo, querida compañera, y en adelante no me hables más y no me invites a habitar aquí. Esta elección me sería odiosa.

SALLA.—Entra, porque puede salir la vieja madre.

BELLA.—¡La luz me hacía tanto bien! (*Sale.*)

SEGUNDO DIÁLOGO

La Madre Roca, Salla

LA MADRE ROCA.—Hermana Salla, ¿has dicho a esa niña lo que te encargué?

SALLA.—Le he dicho todo.

LA MADRE ROCA.—¿Y te ha respondido con sinceridad?

SALLA.—Llora que da lástima y rehusa formalmente vestir el hábito de las Vírgenes Escogidas.

LA MADRE ROCA.—¿A pesar de tus consejos?

SALLA.—La he hecho ver las ricas vestiduras, y haciéndola sonrojarse por su pobreza al recordarle que desde su juventud quedó

desamparada, le he dicho: “Si rehusas ser Virgen Escogida, te perseguirá la adversidad; serás siempre una desgraciada y para nosotras una hija maldita.”

LA MADRE ROCA.—¿Qué piensa hacer esa miserable niña, de padre desconocido, huérfana de madre? ¡Extraña mariposa encarnada! Háblala claramente, muy claramente: dile que estos muros sombríos ofrecen un asilo a la desnudez y que la luz no la descubrirá nunca.

(*Vase.*)

SALLA.—¡Ah, Bella mía, Bella mía! ¿Serán estos muros bastante crueles para ocultar tu exquisita belleza? ¡Qué serpiente! ¡Qué leona!

ESCENA IX

(*Una calle de Cuzco.*)

El Astrólogo, Pie-Ligero

EL ASTRÓLOGO.—¿Cómo? ¿Tú aquí, Pie-Ligero? ¿Buscas la muerte, que debe encontrar Ollántay?

PIE-LIGERO.—El Cuzco me vio nacer, y es natural que me apresure a volver. No he podido acostumbrarme a vivir en el fondo de las cavernas.

EL ASTRÓLOGO.—Y dime, ¿qué hace Ollántay?

PIE-LIGERO.—Desenreda una madeja muy enredada.

EL ASTRÓLOGO.—¿Qué madeja?

PIE-LIGERO.—Si quieres que hable, dame algo.

EL ASTRÓLOGO.—Te daría un palo para sacudirte y tres para colgarte.

PIE-LIGERO.—No me intimides.

EL ASTRÓLOGO.—Habla, pues.

PIE-LIGERO.—Ollántay... Ollántay... No recuerdo más.

EL ASTRÓLOGO.—¡Cuidado, Pie-Ligero!

PIE-LIGERO.—¿Ollántay? Se hace el héroe. Construye muros con piedrecillas, que le llevan unos enanillos tan pequeños, que para llegar a la altura de un hombre, tienen que subirse uno sobre las espaldas del otro. Pero, dime, ¿cómo, tú, pariente del rey, arrastras tu largo ropaje como una gallina enferma? Como es negro, se ensucia mucho.

EL ASTRÓLOGO.—¿Cómo, no has visto que el Cuzco está anegado en lágrimas porque su rey Pachacútic está enterrado? ¡Mira, todo el mundo, sin excepción, viste de luto y cada uno vierte todas sus lágrimas!

PIE-LIGERO.—¿Y quién ocupará el puesto que ha dejado Pacha-

cútic? Si Tupac-Yupanqui le sucediese, serían otros despojados de su derecho, porque este Inca es menor y hay otros mayores que él.

EL ASTRÓLOGO.—Todo el Cuzco le ha elegido, y el rey le ha dejado su corona y su maza de mando. ¿Se podría elegir a otro?

PIE-LIGERO (*saliendo rápidamente*).—¡Voy a traer aquí mi cama!

ESCENA X

(*Salón del trono en el palacio del rey*)

El rey Tupac-Yupanqui, Ojo-de-Piedra, el Astrólogo, acompañamiento de personajes de la corte, grandes damas, etcétera

EL REY YUPANQUI.—Recibid mis saludos, hoy nobles señores. ¡Hijas consagradas al Sol, yo invoco sobre vosotras sus favores! El reino, todo júbilo, acude a proclamarme en mi palacio, y yo, en lo íntimo de mi corazón, no olvido a nadie y pienso en todos.

EL ASTRÓLOGO.—Ayer el humo de la inmensa hoguera llegaba casi al disco del Sol. Este Dios, lleno de alegría, se levanta, inundando de felicidad a todos. Entre las cenizas de los pájaros quemados, no he encontrado más que un rey, y ese eres tú. De la hoguera encendida de las llamas todos han visto salir un águila. Le hemos abierto el costado y escudriñado el pecho; buscábamos el corazón; pero lo hemos encontrado vacío. ¡Es preciso reducir a la obediencia a nuestro enemigo de los Andes! Lejos del Sol, su corazón se hiela. Tal es el augurio.

EL REY YUPANQUI (*Mirando a Ojo-de-Piedra*).—He aquí al gran jefe de los Andes que ha dejado escapar al enemigo. Él sólo ha hecho perecer ese sinnúmero de hombres.

OJO-DE-PIEDRA.—Ya el poderoso rey, tu padre, supo que estuve sepultado bajo las rocas. Es verdad, eso fue mi culpa. He mandado como una piedra, y las piedras lo han aplastado todo. He debido arrostrar las piedras; he combatido entre ellas, y a la postre han destrozado mi ejército. Concédeme una sola gracia; déjame obrar libremente, iré a su fortaleza y te lo traeré aquí desolado.

EL REY YUPANQUI.—Tócate a ti hacer grandes esfuerzos para volver por el honor de tu nombre. Si no eres digno de ello, debes dejar el mando de mis guerreros.

EL ASTRÓLOGO.—El país de los Andes lo verás a tus pies dentro de pocos días. Lo he leído así en el libro sagrado. (*Bajo a Ojo-de-Piedra.*) Pronto, Jefe de Piedra, corre veloz.

ESCENA XI

(*Alrededores de la fortaleza de Ollántay, en la ciudad de Tambo.*)

PRIMER DIÁLOGO

Ojo-de-Piedra mal herido, Un indio

OJO-DE-PIEDRA.—¿No hay en estos alrededores nadie que de mí se compadezca?

UN INDIO.—¿Quién eres? ¿Quién te ha puesto en ese estado? ¿De dónde vienes, cubierto de heridas tan terribles?

OJO-DE-PIEDRA.—Corre a casa de tu rey, y dile que acaba de llegar una persona que le ama.

EL INDIO.—¿Cómo te llamas?

OJO-DE-PIEDRA.—No es necesario nombrarme.

EL INDIO.—Espérame aquí. (*Vase.*)

SEGUNDO DIÁLOGO

Ollántay, Ojo-de-Piedra

OJO-DE-PIEDRA.—Beso, mil veces, ¡oh rey poderoso! las huellas de tu planta. Ten piedad de un desgraciado que a tu sombra se ampara.

OLLANTAY.—¿Quién eres? Aproxímate. ¿Quién pudo maltratarte así? Semejantes heridas, ¿proviene de alguna caída terrible?

OJO-DE-PIEDRA.—Tú me conoces bien. Yo soy esa piedra que cayó un día y ahora cae a tus pies. ¡Levántame, rey mío!

OLLANTAY.—¿Eres tú, Ojo-de-Piedra, gran jefe de la región de los Andes?

OJO-DE-PIEDRA.—Sí, yo soy aquella roca de otras veces que hoy mana sangre.

OLLANTAY.—Levántate, y ven a mis brazos. ¿Quién te ha tratado de esa suerte? ¿Y quién te ha conducido a mi fortaleza, hasta mis lares? Que traigan vestidos nuevos para mi amado jefe. Pero, ¿cómo has venido solo sin temor a la muerte?

OJO-DE-PIEDRA.—Tupac-Yupanqui acaba de posesionarse del trono como nuevo rey del Cuzco, elevándose, contra la voluntad de todos, sobre olas espumosas de sangre humana. Su corazón no estará satisfecho hasta hacer que nos corten a todos la cabeza. La roja flor del Ñuccho corre por doquier, pues en su delirio todo lo inmola. Sin duda

no habrás olvidado que yo era jefe del País-Alto. Yupanqui, sabiendo lo que me ha sucedido, me hizo llamar a su casa, y, como tiene un corazón feroz, ordenó que me trataran así. He ahí, mi amado protector, cómo me han destrozado en casa de Yupanqui.

OLLÁNTAY.—No te aflijas, piedra dura. Ante todo, es preciso curarte. En ti veo ya el cuchillo que blandiré contra él. El gran día del Sol, celebraremos en Tambo la solemne fiesta. Ese día lo dedico a la alegría, y sobre las alturas de mis dominios, todo el mundo se regocijará.

OJO-DE-PIEDRA.—Esos tres días de fiestas serán para mí un alivio. Quizá para entonces estaré curado, y nuestros corazones se entregarán a la alegría.

OLLÁNTAY.—Así será. Tres noches velaremos en honor del Sol, y para entregarnos mejor al regocijo, nos encerraremos en Tambo.

OJO-DE-PIEDRA.—¡Que los jóvenes encuentren, como siempre, en esas noches sus delicias, y cada cual, reposando de sus fatigas, lleve consigo la esposa que haya recibido!

ESCENA XII

(Patio interior del palacio de las Vírgenes Escogidas, con una puerta que da al jardín.)

Bella, Salla

BELLA.—Compañera Salla, amada mía, ¿cuánto tiempo me ocultarás aún tu secreto? Considera, hermana mía, cuán entristecido está mi corazón, y que sin cesar lloraré hasta que me descubras la verdad. En estos lugares, alguien purga mis pecados. No me ocultes nada, dulce paloma mía. ¿Quién sufre, quién llora en el fondo de este jardín? Y ¿cómo está esa persona tan oculta que no puedo descubrirla?

SALLA.—Bella mía, hoy voy a decírtelo todo; pero suceda lo que quiera y veas a quien veas, has de ser muda como una piedra. Mas, te lo prevengo: el triste espectáculo que has de ver, te hará llorar largo tiempo.

BELLA.—Nunca hablaré de lo que vas a descubrirme; no me ocultes, pues, nada, que nada saldrá de mí.

SALLA.—Hay en este jardín una puerta de piedra... Pero estate aquí hasta que las madres estén dormidas. La noche llega; siéntate y espérame. *(Vase.)*

BELLA.—¡Mil extraños presentimientos oprimen mi corazón! ¿Veré por fin a la que aquí agoniza tan afrentosamente? *(Vuelve*

con un jarro lleno de agua, un plato con comida y una luz que entrega a Bella.) Levántate y sígueme y oculta un poco la luz.

ESCENA XIII

(Jardín interior del palacio de las Vírgenes Escogidas. A un lado, la gran puerta de entrada. Al otro, la cueva de Estrella, cuyo interior ven los espectadores, separado del jardín por rocas y ramajes, en medio de los cuales se distingue la puerta de la cueva, formada por una gruesa piedra. En el fondo de la cueva, Estrella, tendida en el suelo, ceñida por una culebra.)

Bella, Salla, Estrella

SALLA *(Se dirige a la caverna y abre la puerta)*.—He aquí a la princesa que vienes a buscar. ¿Estás satisfecha?

BELLA.—¡Ah, hermana mía! ¿Qué veo? ¿Es una muerta la que vengo a buscar? Me estremezco de horror. Este sitio no encierra sino un cadáver. *(Se desmaya.)*

SALLA.—¡Qué desgracia me sucede en este instante! ¡Bella mía, mi dulce paloma, vuelve en ti pronto; levántate, levántate, florecita mía! *(Bella vuelve en sí.)* No temas, querida hermana; no es un cadáver, es una princesa desdichada que aquí se consume.

BELLA.—Pero, ¿vive aún?

SALLA.—Acércate y ayúdame. Todavía vive. ¿No ves? Mira. Vierte un poco de esta agua, y cierra nuevamente la puerta. *(A Estrella, esforzándose para incorporarla.)* Bella princesa; he aquí agua y algo que comer. Procura sentarte. Acabo de entrar ahora.

BELLA.—¿Quién eres, dulce paloma? ¿Cómo estás encerrada en el fondo de esta caverna?

SALLA.—Toma un poco de alimento. Sin él, hermana, tal vez sucumbirías.

ESTRELLA.—¡Qué dichosa soy viendo, después de tantos años, un rostro nuevo en esta joven que te acompaña!

BELLA.—¡Ah! princesa mía, hermana encantadora, bello pájaro de pecho de oro, ¿de qué crimen eres culpable para sufrir de esa suerte? ¿Por qué crueldad estás en ese suplicio, compañera mía? La muerte te oprime bajo la forma de esta culebra.

ESTRELLA.—Encantadora niña, semilla de amor, flor de mi corazón, soy una pobre mujer sumida en este abismo. ¡Estoy unida a un hombre como la pupila al ojo, pero el ingrato me ha abandonado! Me unían a él lazos indisolubles; pero el rey lo ignoraba, y cuando le pidió mi

mano, arrojóle el rey con cólera. Después, cuando mi amante hubo partido, me hizo encerrar aquí. De esto hace ya bastantes años, y, sin embargo, ya lo ves, aún vivo. No veo a nadie en esta mansión, donde se deslizan mis negros años. Ningún consuelo he encontrado en este suplicio, y han pasado por mí diez años entre la vida y la muerte, ligada a esta cadena de hierro y olvidada de todos. ¿Y tú, tan joven y tan compasiva, quién eres, amor mío?

BELLA.—Yo también te he seguido con el pensamiento, acongojada y llorando; y en las soledades de esta casa, mi corazón, siempre anhelando verte, quería saltar del pecho. Tampoco tengo padres, y nadie se interesa por mí en el mundo.

ESTRELLA.—¿Qué edad tienes?

BELLA.—Muchos años debo tener, porque como detesto esta casa y me aburro tanto, el tiempo me parece muy largo.

SALLA.—Según mi cuenta, debes tener diez años, poco más o menos.

ESTRELLA.—¿Y cuál es tu nombre?

BELLA.—Me llaman Bella, pero se han engañado al darme este nombre.

ESTRELLA (*Estrechando a Bella contra el pecho*).—¡Ah! ¡Hija mía, paloma mía! ¡Descansa sobre mi corazón! Eres toda mi dicha. ¡Hija mía, ven, ven! ¡La alegría inunda mi alma! ¡Ése es el nombre que yo te he dado!

BELLA.—¡Ah, madre mía! ¿Cómo te hallas aquí? ¡No te separes ya de mí! ¿No te he conocido sino para ser más desdichada? ¿Me dejarás en mi abatimiento? ¿A quién acudiré yo para que te vuelvan a mis ojos? ¿A quién me acercaré para tenerte entre mis brazos?

SALLA.—¡No hagas ruido! Podría suceder alguna desgracia. ¡Vámonos pronto! Las madres pueden advertir nuestra ausencia.

BELLA.—¡Sufre todavía por algún tiempo en esta casa de mis tristes años! Y hasta que yo te haga salir, ten paciencia aún algunos días. ¡Ah, madre mía! Para mi corazón, lleno de amor por ti, abandonarte es la muerte!

ESCENA XIV

(*Salón en el palacio del rey.*)

PRIMER DIÁLOGO

El rey Tupac-Yupanqui y El Astrólogo

EL REY YUPANQUI.—Grande y noble pontífice, ¿has tenido alguna noticia de Ojo-de-Piedra?

EL ASTRÓLOGO.—Anoche estuve en las escarpadas rocas de Vilcanota, desde donde percibí a regular distancia, gentes que estaban atadas. Sin duda debían ser andinos, pues se dice que todos han sido aplastados. Los cardos de la montaña humean; ya está ardiendo la fortaleza.

EL REY YUPANQUI.—¿Y Ollántay? ¿Lo habrán cogido? ¡Quizá se haya fugado!

EL ASTRÓLOGO.—Ollántay debía estar rodeado de las llamas. Dícese que todos se han abrasado.

EL REY YUPANQUI.—El Dios-Sol no puede dejar de protegernos. Yo soy de su raza. Les daremos el castigo que merecen. ¡Para eso he subido yo al trono!

SEGUNDO DIÁLOGO

Dichos, y un Indio que viene como mensajero, con un quipo en la mano

EL INDIO.—Al despuntar el alba, Ojo-de-Piedra me ha enviado hoy con este quipo.

EL REY YUPANQUI (*Al Astrólogo*).—Mira lo que dice.

EL ASTRÓLOGO.—Este nudo de color de carbón, indica que Ollántay se ha abrasado. A este nudo triple hay atado un quintuplo nudo, lo cual revela que la provincia de los Andes ha sido tomada y está ya en poder del rey. Por eso se ata este quintuplo, que en junto hacen tres quintuplos.

EL REY YUPANQUI (*Al mensajero*).—Y tú, ¿estabas presente? ¿Te ha tocado algo?

EL INDIO.—Supremo señor, hijo del Sol, me he apresurado a venir el primero para que puedas inmolarlos a todos sin compasión y beber su sangre.

EL REY YUPANQUI.—En muchas ocasiones os he exhortado para que os abstengáis en absoluto de verter sangre humana, y, sobre todo ésa, y os he dicho que tengáis piedad de ellos.

EL INDIO.—No ha sido menester ¡oh señor! derramar la sangre de nuestros enemigos. Los hemos hecho prisioneros durante la noche, sin que hayan podido resistir a nuestras fuerzas.

EL REY YUPANQUI.—Cuenta lo que ha pasado.

EL INDIO.—Yo me encontraba entre nuestros guerreros. He pasado la noche en Tinquiquero, donde me oculté, en compañía de hombres de Yanahuara. Allí hay una caverna rodeada de follaje, que oculta su entrada, haciendo de ella una guarida segura. Esta caverna nos ha ocultado durante tres días y tres noches, y en ella hemos sufrido las

angustias del hambre, hasta que llegó Ojo-de-Piedra, quien nos dio la orden de avanzar durante la noche. Al dejarnos nos dijo que el gran día del Sol se embriagarían todos en la fortaleza de Tambo, y que nosotros, guerreros del Cuzco, debíamos sorprenderlos en las sombras de la noche. Después de dicha orden, se alejó. En cuanto a nosotros, llenos de impaciencia hemos aguardado esta noche durante largos días. Llega el día de la fiesta; Ollántay se entrega a la alegría y se embriaga con Ojo-de-Piedra, y lo propio hacen todos sus guerreros. Nosotros, entonces, sin hacer el más leve ruido, penetramos en su fortaleza. Tus guerreros, viendo que habían caído en el lazo, los acosaron a flechazos, y el miedo consumó la derrota. Luego, colocados en la red y con los brazos atados fuertemente... Buscamos a Ollántay. Ya lo había atado también Ojo-de-Piedra y puéstole la camisa de fuerza. Así lo encontramos nosotros. El Jefe Montañés yacía desolado; y, forcejeando con rabia para desasirse de sus ligaduras... En esa forma, gran rey, te traemos a Ollántay con todos sus secuaces, a Hanco-Huaillo y su gente, sin que nadie haya escapado. Los andinos maniatados son unos diez mil. Sus mujeres, desesperadas, les siguen llorando a lágrima viva.

EL REY YUPANQUI.—Todo lo que has visto en las riberas del Vilcanota, era cierto.

TERCER DIÁLOGO

Dichos y Ojo-de-Piedra

OJO-DE-PIEDRA (*Arrodillándose ante el rey*).—¡Rey poderoso, mil veces beso tus plantas! Dígnate, esta vez, escuchar mi voz. Devuélveme tu favor y el poder que he perdido.

EL REY YUPANQUI.—Levántate, gran jefe, levántate muy alto y ven, lleno de dicha, a que te estreche en mis regocijados brazos. Ellos han tendido sus redes en el agua para cogerte, y en sus mismas redes los has cogido tú.

OJO-DE-PIEDRA.—Nuestros enemigos nos han muerto miles de guerreros con sus jefes, descargándonos piedras, y la piedra los ha destruido, porque yo he rodado sobre ellos como una roca desprendida de la montaña.

EL REY YUPANQUI.—¿Se ha derramado mucha sangre?

OJO-DE-PIEDRA.—No, señor, ni una gota. Tus órdenes han sido cumplidas. Los andinos están atados, pero la fortaleza ha sido destruida y reducida a cenizas.

EL REY YUPANQUI.—¿Dónde están los rebeldes?

OJO-DE-PIEDRA.—En la plaza, esperando, llenos de angustia, mo-

rir ahorcados. Todo el pueblo pide a gritos su muerte. En medio de ellos están sus mujeres, y sus hijos se arrastran por el suelo con espantosos lamentos. Es preciso darles el golpe de gracia.

EL REY YUPANQUI.—Así se hará a no dudar. Y para que los huérfanos no arrastren una vida miserable, ¡que todos perezcan! De ese modo el Cuzco quedará tranquilo. Conduce aquí a los traidores.

CUARTO DIÁLOGO

El rey Tupac-Yupanqui, el Astrólogo, Ojo-de-Piedra, Ollántay, Hanco-Huaillo y el Jefe Montañés, estos tres últimos conducidos por los verdugos, atados y con los ojos vendados; nobles de la corte, jefes y guerreros de la comitiva de Ojo-de-Piedra; después Pie-Ligero.

EL REY YUPANQUI.—Quitad las vendas a esos hombres. ¡Hola! Ollántay ¿dónde estás? ¿Dónde estás, Jefe Montañés? ¡Pronto rodaréis desde lo alto de las rocas! (*A los soldados, que conducen a Pie-Ligero con los ojos vendados.*) ¿A quién traéis aquí?

PIE-LIGERO.—En los lugares cálidos, innumerables pulgas atormentan al hombre; el agua hirviendo las destruye. Yo, pobre pulgón, debo morir como ellas.

EL REY YUPANQUI.—Dime, Hanco-Huaillo, dime. ¿Por qué te has entregado a Ollántay? ¿No te había colmado de honores el rey, mi padre? ¿Qué has deseado tú que él no te haya concedido? Una palabra de tu boca le decidía a todo. Cuanto más pedías tú, más te otorgaba él. ¿Tuvo para ti nunca secretos? Hablad, pues, vosotros, rebeldes. ¡Ollántay! ¡Y tú, Jefe Montañés!

OLLÁNTAY.—No nos preguntes, padre mío. Nuestros crímenes nos ahogan a todos.

EL REY YUPANQUI.—Elegid vuestro castigo. A ti te toca hablar, gran sacerdote.

EL ASTRÓLOGO.—El corazón que recibí del Sol está lleno de clemencia.

EL REY YUPANQUI.—Tienes la palabra, Ojo-de-Piedra.

OJO-DE-PIEDRA.—Un crimen tan enorme se ha castigado siempre con la muerte. Es el único medio, ¡oh rey! de prevenir mayores atentados. Que todos sean inmediatamente atados a cuatro *tacarpus*, y así sean arrastrados por sus mismos vasallos. Dispáren luego sus flechas los guerreros de todo el país sobre sus tenaces secuaces, y venguen así la muerte del rey tu padre en la sangre de aquéllos.

PIE-LIGERO.—¡Así sea, y para siempre perezcan todos los andinos! ¡Sean arrojados esos hombres en una gran hoguera de ramas encendidas!

OJO-DE-PIEDRA (*A Pie-Ligero*).—¡Calle el hombre! Rodando como una piedra, se ha convertido en piedra mi corazón.

EL REY YUPANQUI.—¿Habéis oído que los *tacarpus* han sido preparados ya para vosotros? ¡Llevaos a esos traidores, y que todos perezcan!

OJO-DE-PIEDRA.—¡Arrastrad al punto a esos tres hombres al lugar de la ejecución! ¡Precipitadlos a todos desde lo alto de las rocas, uno tras otro!

EL REY YUPANQUI. (*A los verdugos*).—¡Quitadles esas ligaduras! (*A Ollántay*.) Tú, que ya te has visto muerto, levántate y ven a mí. Corre ahora, ingrato desertor. Tú, que acabas de arrojarte a mis pies, mira: la clemencia se apodera de mi corazón. Caerás un millón de veces, y otras tantas, sábelo, yo te levantaré. Ya has sido en otro tiempo jefe supremo de los Andes. Pues bien (mira hasta dónde llega mi amor), gobierna la provincia de los Andes y vuelve a ser gran jefe para siempre. Toma este penacho para mandar mi ejército y esta flecha que te he destinado. (*Al Astrólogo*.) Tú, gran sacerdote, ponle de nuevo el signo de honor, absuelve a los que han faltado y vuelve a los muertos a la vida.

EL ASTRÓLOGO.—Ollántay, aprende a conocer la omnipotencia de Tupac-Yupanqui. Desde hoy, obedécele a él y bendice su clemencia. Este anillo es toda mi fuerza, y por eso lo ajusto a tu dedo. Esta maza, sábelo, es la del rey; por eso te la doy.

OLLÁNTAY (*Al rey*).—Esa maza que me das, la baño con mis ardientes lágrimas. Cien veces soy tu esclavo. ¿Quién puede llamarse tu igual? Las fibras de mi corazón serán siempre los lazos de tus sandalias. Desde ahora, todo mi poder está consagrado a tu servicio.

EL REY YUPANQUI.—Jefe Montañés, acércate. Ollántay te había nombrado gran jefe, dándote el casco de honor, ¡y a mí no me había dado más que la ira! Pues bien, a pesar de eso, continúa siendo el señor de los andinos, y, sin detenerte un punto, ve a reducir a todos esos rebeldes por la dulzura. Yo también te doy el casco: sé mi gran jefe para siempre, y no olvides nunca que te he salvado de la muerte.

EL JEFE MONTAÑÉS.—Rey poderoso, beso mil veces con entusiasmo la huella de tus pasos. Miserable fugitivo, hoy vuelvo a ti.

EL ASTRÓLOGO (*Dándole el casco*).—El poderoso Yupanqui, te nombra a ti también su gran jefe, dándote, con la suprema dicha, su casco y su flecha.

OJO-DE-PIEDRA.—Rey ilustre, ¿va a haber dos jefes en la provincia de los Andes?

EL REY YUPANQUI.—No habrá dos, Ojo-de-Piedra. En cuanto el Jefe Montañés tome el mando de la provincia de los Andes, Ollántay se establecerá en Cuzco, en calidad de representante del rey. Sentán-

dose en mi cámara y gobernando el Cuzco, dominará sobre todo el país.

OLLÁNTAY.—¡Oh, rey mío! Tú elevas demasiado a un hombre desnudo y desvalido. Ojalá pudieras vivir mil años para encontrar en mí siempre un esclavo.

EL REY YUPANQUI.—Que traigan la gran diadema, y le pongan la borla amarilla. Gran sacerdote, apresúrate a entregarle esta insignia con la gran clava. Anuncia a todo el mundo que ocupa el puesto del rey. Sí, Ollántay, quédate para ser rey en mi lugar y elevarte como el astro del día. Cuento partir en esta luna para la provincia de los Collas, y he de prepararlo todo. Marcho satisfecho, sabiendo que dejo a Ollántay velar por mi morada.

OLLÁNTAY.—Prefiriría, señor, seguirte a Chayanta, o más lejos aún, si lo permites. Bien sabes cuán activo y valiente he sido siempre. El Cuzco no es para mí. Prefiero ser tu *cañari* y marchar delante de ti. No quiero permanecer aquí a ningún precio.

EL REY YUPANQUI.—Te hace falta buscar una esposa para que seas feliz en tu regencia. Entonces te agradará más el reposo. Elige, pues, aquella que prefieras.

OLLÁNTAY.—Príncipe magnánimo, este desdichado servidor tiene ya mujer.

EL REY YUPANQUI.—¿Cómo es que yo no la conozco? Es preciso hacérmela conocer; la colmaré de beneficios. ¿Por qué la has ocultado a mis ojos?

OLLÁNTAY.—En el mismo Cuzco ha desaparecido esta paloma adorada. Fue un día mi compañera, y la vi volar al siguiente. Loco de dolor, la he buscado por todas partes, preguntando por ella. ¡Creo que la ha tragado la tierra, ocultándola a mis ojos! Tal es mi desgracia.

EL REY YUPANQUI.—¡Ollántay, no te aflijas! Suceda lo que quiera, haz siempre lo que yo te diga sin volver la vista atrás. Gran sacerdote, cumple lo que te he ordenado.

EL ASTRÓLOGO (*Volviéndose desde la puerta a la muchedumbre que está fuera*).—¡Vasallos; sabed que Ollántay queda en lugar del rey! (*La muchedumbre, gritando desde fuera*. ¡Ollántay queda en lugar del rey!)

EL REY YUPANQUI (*A los otros jefes*).—¡Y vosotros, rendidle homenaje!

OJO-DE-PIEDRA.—Príncipe Ollántay, sustituto del rey, mi alegría excede a tu dicha. Regocijense todos los andinos y vuelvan todos los fugitivos. (*Oyese gritar a la gente que guarda la puerta*).—¡No se puede pasar! ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Hay que arrojar a esta muchacha!

BELLA (*Desde fuera, y desconsolada, solicita entrar*).—¡En nombre

de lo que os sea más caro, dejadme hablar! Por favor, no me detengáis; ¡sería mi muerte!

EL REY YUPANQUI.—¿Qué ruido hay fuera?

EL GUARDIÁN DE LA PUERTA.—Es una niña que llega llorando e insiste en hablar al rey.

EL REY YUPANQUI.—Haced que entre.

QUINTO DIÁLOGO

Dichos, Bella

BELLA.—¿Quién es el señor, mi rey, para arrojarme a sus pies?

EL ASTRÓLOGO.—He aquí al rey. ¿Y quién eres tú, niña encantadora?

BELLA (*Arrojándose a los pies del rey*).—¡Oh, rey mío, tú eres mi padre! Saca de la desgracia a una pobre niña, extiende sobre mí tu mano, pues eres el hijo clemente del Sol. Mi madre se muere en estos instantes en el fondo de una asfixiante caverna. Un martirio cruel la mata, y está bañada en su propia sangre.

EL REY YUPANQUI.—¿Quién es el inhumano?... Levántate. (*A Ollántay.*) Ollántay, toma por tu cuenta este asunto.

OLLÁNTAY.—Niña, condúceme en seguida y veamos quién es el cruel que la tortura.

BELLA.—¡No, señor, no vayas tú! Es el mismo rey quien debe ir a verla. Quizá él pueda reconocerla, mientras que tú... yo no sé quién eres. ¡Oh, rey mío, ponte en seguida en marcha! Temo que mi madre haya exhalado el último suspiro, o que al menos esté con las angustias de la agonía. ¡Concédeme esta gracia!

EL ASTRÓLOGO.—No podrás resistirte, rey ilustre. Vamos a buscar a esa desdichada. ¿Quién, ante ti, podría ocultarnos la prisión? ¡Vamos, señor!

EL REY YUPANQUI.—¡Vamos todos allá! ¡Vamos todos! En medio de mi alegría, esta joven destroza mi corazón.

ESCENA XV

(La misma decoración que en la escena decimotercera)

PRIMER DIÁLOGO

Todos los personajes de la anterior escena, que aparecen por la puerta de entrada del jardín. Ollántay a la cabeza, llevando de la mano a

Bella. Estrella, tendida en el fondo de la cueva; a un lado la puma, y al otro la culebra enroscada

OLLÁNTAY.—¿Dónde está tu atormentada madre?

BELLA.—En un apartado rincón de esta casa. (*Señalando la puerta de piedra.*) Aquí es, señor, donde mi madre se consume. Tal vez esté ya muerta.

OLLÁNTAY.—Pero este es el palacio de las Vírgenes Escogidas. ¿No te equivocas, niña?

BELLA.—Sí, sí, en esta casa, sufre hace diez años mi paloma.

OLLÁNTAY.—Abrid esta puerta, que el rey llega.

BELLA (*A Salla que cruza por el interior de la caverna*).—Compañera Salla, mi querida hermana, ¿respira mi madre todavía? Entremos adentro, rey mío, y haz que abran esta puerta.

EL REY YUPANQUI.—Pero ¿cuál es la entrada?

BELLA.—Señor, ésta es. Compañera Salla, abre esta puerta, ábrela a nuestro rey.

SEGUNDO DIÁLOGO

Dichos, la Madre Roca y Salla, que salen del interior del palacio de las Vírgenes Escogidas

LA MADRE ROCA (*Besando la mano al rey*).—¿Es realidad o sueño ver aquí a mi amado soberano?

EL REY YUPANQUI.—Abre esta puerta. (*La Madre Roca abre la puerta.*)

BELLA.—¡Ah, madre mía! Mi corazón presentía encontrarte muerta. Creía no volver a ver tu rostro, que tanto he anhelado (*A Salla.*) Compañera Salla, trae un poco de agua, que tal vez mi madre pueda volver a la vida.

EL REY YUPANQUI.—¡Qué calabozo tan horrible! ¿Quién es esta mujer? ¿Qué significa esta cadena que la oprime? ¿Quién es el cruel que la ha mandado atar? ¿Es posible que un rey haya dado abrigo en su pecho a la víbora del odio? Madre Roca, acércate. ¿Quién es esa mujer? ¿Qué quiere decir todo esto? Ven aquí. ¿Habrá despertado aquí esta mujer por efecto de un maleficio?

LA MADRE ROCA.—Tu padre lo ha ordenado así, para que la enamorada se enmiende.

EL REY YUPANQUI.—¡Sal, Madre Roca! Aparta, aparta esta puma. Que no vuelva yo a ver esta piedra y esta serpiente! (*Todos cumplen las órdenes del rey, y conducen a Estrella al jardín.*)

ESTRELLA.—¿Dónde estoy? ¿Quiénes son estas gentes que me

rodean? Bella, adorada hija, ven, ven, paloma mía ¿Desde cuándo estos hombres...?

BELLA.—¡No temas, madre mía! Es el mismo rey el que viene a verte. ¡El que llega es el ilustre Yupanqui! Sal de tu sueño y háblale.

EL REY YUPANQUI.—En presencia de tal infortunio mi corazón se desgarró. Vuelve en ti, mujer, y dime en fin quién eres. (*A Bella.*) Revélame el nombre de tu madre.

BELLA.—¡Padre, padre, príncipe clemente, haz que desde luego desaten estas ligaduras!

EL ASTRÓLOGO.—A mí me toca desatarlas y consolar a los desgraciados.

OLLÁNTAY (*A Bella.*)—¿Cómo se llama tu madre?

BELLA.—Se llama Estrella-de-alegría. ¡Pero ya ves qué nombre tan engañoso! Sí, la estrella de otras veces se ha apagado y ¡quién sabe dónde está su alegría!

OLLÁNTAY.—Ah ¡poderoso rey Yupanqui! Mira en esta mujer a mi esposa.

EL REY YUPANQUI.—Me parece que sueño al encontrar esta dicha inesperada. Estrella, tu mujer, es también mi muy amada hermana. ¡Oh Estrella, hermana querida, adorada paloma, ven, ven a mis brazos! Esta dicha excesiva calma las tormentas de mi corazón. ¡Vive siempre para tu hermano! (*Estrecha contra su corazón a Estrella.*)

ESTRELLA.—¡Ah, hermano mío! Ya estás enterado del suplicio que he sufrido durante años de angustia. Sólo tu compasión podría sacarme de tan largo tormento.

EL REY YUPANQUI.—¿Quién es esta mujer que tanto sufre? ¿Quién la envió aquí? ¿Qué crimen pudo arrastrarla a este sitio donde se consume? ¿Quién tendrá corazón para contemplar con frialdad tanto infortunio? La que le dio la vida moriría de dolor si la viera. Su rostro lo han surcado las lágrimas, sus labios están secos, sólo le queda un soplo de vida.

OLLÁNTAY.—Estrella de mi dicha, ¿cómo he podido perderte tanto tiempo? Mas hoy te encuentro viva para volver a ser mi compañera hasta la muerte. Muramos ambos, si es preciso; no me dejes solo en el mundo, yo no podría vivir sin ti. Mi corazón sucumbía en la soledad. Estrella de alegría ¿qué fue de tu alegría? ¿Qué del astro de tu mirada? ¿Qué de tu dulce aliento? ¿Eres tú la hija maldita de su padre?

ESTRELLA.—Durante diez años, Ollántay mío, nos han hecho compartir el dolor y la amargura, y ahora nos reúnen para una nueva vida. De esa suerte Yupanqui reemplaza el dolor con la alegría. ¡Larga vida para nuestro ilustre rey! (*Dirigiéndose a Yupanqui.*)

Sí, en la nueva existencia que nos das, justo es que tú cuentes largos años.

EL ASTRÓLOGO.—Que traigan nuevas vestiduras para revestir a nuestra princesa. (*Pónenla las vestiduras reales y la besan la mano.*)

EL REY YUPANQUI.—Mira a tu mujer, Ollántay, y hónrala como a tal desde hoy. Y tú, Bella, ven a mis brazos, encantadora paloma, a encadenarte con estos lazos de amor. (*Estrechándola en sus brazos.*) Tú eres la pura esencia de Estrella.

OLLÁNTAY.—Poderoso príncipe, eres nuestro protector: tu mano ha borrado el camino que conduce a la desgracia, y lo has colmado de beneficios.

EL REY YUPANQUI.—Habéis escapado de la muerte. (*A Ollántay.*) Tu mujer está en tus brazos. En esta nueva era de dicha, la tristeza debe ser desterrada y renacer la alegría.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP